
Capítulo XXIV.

Donde se vé cómo Colon deja lo cierto por lo dudoso.

Antes de asistir á los sucesos que tuvieron lugar cuando llegó Colon al puerto de Santo Domingo; antes de presenciar la agonía lenta y horrible de aquel gran hombre, vamos á acompañarle en su viaje, para conocer un período de la historia de su vida de los más interesantes, de los más dramáticos.

Le dejamos alejándose de Santo Domingo, despues de haber aconsejado á Ovando que no permitiese la salida del puerto á la gran escuadra que iba á conducir á España inmensas riquezas.

No tardó en saber el desastroso fin que habian tenido las embarcaciones por no haber querido escucharle el gobernador de la colonia, y procuró refu-

giarse para evitar que sus embarcaciones sufrieran la misma suerte.

Al dia siguiente de su marcha arreció el temporal, y se perdieron de vista unos á otros.

La carabela de Colon permaneció próxima á la costa, y no sufrió el empuje de las olas.

Pero los capitanes de los otros buques, creyendo más oportuno entregarse á merced de las olas, abandonaron la orilla, salieron á alta mar, y empujados por el vendaval, estuvieron separados algunos dias, siendo juguete del huracan y haciendo creer á sus jefes que las embarcaciones se habian perdido.

Bartolomé Colon dió en aquellas circunstancias pruebas de sus grandes talentos náuticos.

Mandaba el buque más endeble y ménos á propósito para resistir el choque de las olas; pero velando noche y dia, sin separarse del timon, y dando órdenes en extremo juiciosas, logró ponerse en salvo, y unos antes, y otros despues, llegaron al fin todos los buques á Puerto-Hermoso, al Occidente de Santo Domingo.

Todas las naves, excepto la de Colon, sufrieron averías.

Allí supo con profunda admiracion el almirante las grandes pérdidas que habian sufrido los reyes de España por el oro que habia ido á parar al abismo del mar, y el castigo que la Providencie habia impuesto á Bobadilla, á Roldan y á la mayor parte de los que más daño le habian hecho en la isla.

Tambien supo que uno de los pocos buques que se

habian salvado, era el que conducia sus bienes á España.

—No en vano he confiado siempre en la Providencia,—dijo á su hermano y á su hijo Fernando al referirles lo que acababa de saber.

Habian sufrido mucho durante el último temporal los tripulantes, y para que descansasen y reparasen el desperfecto de las carabelas, permaneció bastantes dias en Puerto-Hermoso.

Cuando estas causas cesaron se dió á la vela, y tuvo de nuevo que refugiarse en Jaquemel, ó Puerto-Brasil, como le llamaban los españoles, para librarse de los efectos de otro récio temporal que le sorprendió en la marcha.

El 14 de Junio, sosegadas las olas, partió el buque de la tierra firme, y fué empujado por las corrientes hasta llegar á unas pequeñas islas de la Jamaica, en las que se detuvo para proveerse de agua.

Despues de explorarlas, vieron que carecian de manantiales, y tuvieron que abrir pozos en la arena para abastecerse de agua.

El tiempo continuaba en calma, y solo las corrientes impelian á las embarcaciones.

Empujados por esta pequeña fuerza, llegaron al grupo de islas que habia llamado Colon diez años antes los Jardines de la Reina, y al poco tiempo de su llegada comenzó á soplar un viento favorable, gracias al cual tomó el rumbo del Sudoeste, descubriendo el dia 30 de Junio una pequeña isla, de encanta-

dor aspecto por la variedad y la belleza de su abundante vegetacion.

Los árboles que más llamaron la atencion del almirante fueron robustos y elevados pinos, por lo cual dió á la isla el nombre de la Isla de los Pinos, aun cuando ha conservado su denominacion india de Guanaga, denominacion que comprende á las numerosas isletas que hay en torno suyo (N).

Por orden de Colon desembarcó su hermano Bartolomé con parte de la tripulacion, y en dos lanchas fué á visitar la isla.

A pesar de lo acostumbrados que estaban los españoles, y sobre todo el almirante y sus hermanos, á la maravillosa vegetacion del Nuevo-Mundo, no pudo ménos de sorprenderle el aspecto de aquella isla.

Por otra parte, los habitantes de ella, en vez de huir, salian al encuentro de sus huéspedes, les observaban con ansiedad, se mostraban solícitos con ellos, y más que enemigos parecian indiferentes.

Los habitantes de aquella isla se parecian á los de las demás que hasta entonces habian visitado.

Su frente, sin embargo, era más estrecha que la de aquellos.

Bartolomé dirigió algunas preguntas á los isleños, y viendo que no le entendian, hizo que los indios intérpretes que llevaba preguntasen lo que queria saber.

Tampoco los indios se entendieron entre sí.

Iba á recurrir al idioma universal, es decir, al de las señas, cuando sorprendió á Bartolomé una gran

canoa que se dirigia hácia la costa y parecia llegar de un largo viaje.

La belleza de aquella barca admiró á todos.

Era de una sola pieza, de mucha longitud y de ocho piés de ancha.

En el centro habia un camarote formado por hojas de palma como las de las góndolas venecianas.

Iba á bordo de la canoa un cacique con su esposa y sus hijos.

Vogaban veinticinco indios, y la canoa iba cargada de objetos muy curiosos y de productos de varias clases.

Desde bastante lejos descubrieron el cacique y los que le acompañaban las embarcaciones de Colon.

En vez de asustarse ó de tomar una actitud hostil al contemplarlas, poseidos de viva curiosidad se acercaron á la carabela capitana.

Pudo Colon conferenciar por señas con el cacique, y gracias á esto consiguió sin peligro ni esfuerzo alguno examinar los artículos más importantes que producía natural ó artificialmente aquella parte del Nuevo-Mundo.

Aquel exámen resultó favorable para los habitantes de la nueva isla, porque al lado de los utensilios y objetos que ya habia visto Colon en las demás ciudades indias, habia hachas de cobre para cortar madera, no de piedra como las que usaban los otros indios, y espadas de madera con hendiduras en los dos lados de la hoja, y sujetos en ellas con cuerdas de intestinos de pescados, pedazos de pedernal afilados.

Asimismo mostraron al almirante campanillas de cobre y multitud de bagatelas del mismo metal, y un crisol en el que fundian.

Tambien empleaban el barro, el marfil y la madera para hacer vasos, platos y utensilios de cocina.

Destinaban el algodón á sábanas y mantos bien labrados, y teñidos de varios colores.

Por primera vez vieron los españoles allí el cacao, que los indios empleaban como alimento y como moneda.

Asimismo le dieron á gustar un brebaje que hacian de maiz, y que tenia un sabor muy parecido al de la cerveza.

El almirante eligió algunas muestras de aquellos productos para enviarlos á España, y segun su costumbre, indemnizó á los indios con cascabeles, abalorios y otros diges de escaso valor.

Lo más extraño es que en presencia de los españoles, á quienes hasta entonces no habian visto, ni expresaban temor, ni manifestaban asombro.

—Por fuerza nos acercamos,—se decia Colon,—á ese país grandioso descrito por Marco Polo.

Se confirmó más y más en la creencia de que la civilizacion se hallaba en todo su apogeo al ver que las mujeres usaban grandes mantos de algodón, de colores muy vivos, en los que se envolvian como las moras en sus alquiceles.

Los indios usaban un cinturon con faldetas, síntomas todos de que conocian el pudor.

Gran pena experimentaba el almirante al ver

que no podía conversar con ellos á sus anchas.

Hablaban un idioma completamente desconocido, hasta para los intérpretes que llevaba de la Española, y sólo podía comunicarse por señas.

Por ellas comprendió Colón que habia al Occidente un país rico, opulento, industrioso y magnífico.

Hay arcanos impenetrables.

En aquellos momentos indicaban los indios á Colón la existencia de un país que dejaba muy atrás con su esplendidez las fantásticas descripciones de las grandes ciudades de Oriente, para las que buscaba Colón un camino directo.

El descubrimiento de aquel país, del que le separaban únicamente dos dias de camino, habria recompensado los sacrificios de su vida y consolidado su gloria y su prestigio.

En efecto, los indios de la costa de Honduras le señalaban el derrotero de Yucatan, de Méjico, de los países que más tarde debian llamarse Nueva-España.

Pero la Providencia, en sus altos designios, habia reservado la gloria de conquistar aquellas joyas para la corona de España á Hernán Cortés y Francisco Pizarro, y alimentando en Colón el deseo de llegar cuanto antes al punto que le pintaba como precioso su febril imaginacion, renunció á contemplar las maravillas que le indicaban, y continuó el rumbo hácia el Oriente, imaginando llegar al paraje en que la tierra firme se separaria de la costa de Pária por medio de un estrecho, á cuyo fin hallaria las islas que pro-

ducian especias y los países más ricos y civilizados de la India.

Siguiendo este camino, se proponia hallar el punto en donde los indios le habian indicado que habia oro en gran abundancia.

Todas estas noticias las adquirió el almirante de un indio muy viejo, y que al parecer habia viajado mucho por aquellos mares.

Suplicóle el almirante que fuese en su compañía para guiarle, y despidiéndose del cacique, de su familia y de los demás indios que fueron á saludarle, colmándolos á todos de regalos, abandonó el Guanaga, y á muy poca distancia descubrió el cabo que hoy se llama de Honduras (Ñ).